La Integración del Hemisferio Ahora

UN DISCURSO

de

HARRY F. GUGGENHEIM
Ex-embajador de los Estados Unidos en Cuba

en la

CONFERENCIA DEL CARIBE
A MEDIADOS DE SIGLO



Diciembre 8, 1950
UNIVERSITY OF FLORIDA

La Integración del Hemisferio Ahora

UN DISCURSO

de

HARRY F. GUGGENHEIM
Ex-embajador de los Estados Unidos en Cuba

TRADUCCIÓN DE PEDRO VILLA FERNÁNDEZ



University of Florida Press
Gainesville
1951

Printed in the United States of America by
The Record Press, Incorporated, of St. Augustine, Florida

La Integración del Hemisferio Ahora

EL PRESIDENTE MILLER me ha honrado invitándome a hablarles sobre las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Yo he escogido como tema específico de mi conferencia "La integración del Hemisferio ahora."

Trataré de hacerles ver que la política internacional de los Estados Unidos, incluyendo la integración política, económica, y militar de este Hemisferio, es esencial para nuestro bienestar, y acaso para nuestra supervivencia como nación libre.

La integración del Hemisferio Occidental ahora no está ligada a una política de "aislamiento" o insularidad con respecto al resto del mundo, ni substituye el papel que debiéramos desempeñar, por ejemplo, en el Pacto del Atlántico, o en el movimiento en favor de una Europa Unida. Es una ancla que debemos echar en fondo propicio antes de que se desate la tormenta.

Hablo como un simple ciudadano de los Estados Unidos de América sin cargo oficial, y sólo busco la verdad. Mi tesis se basa en las siguientes premisas:

1. *La guerra es bestial e inhumana. Es una maldición que ha caído sobre los pueblos del mundo. Hay sin embargo una maldición mayor; ésta es la esclavitud nacional que es el peligro que acarrearía una guerra perdida.*

2. *El comunismo nacionalista tal como es practicado hoy por el Politburo de la Unión Soviética es una conspiración internacional para echar abajo los gobiernos no comunistas en todo el mundo.* Stalin sigue al pie de la letra la política

de Lenin, quien proclamó: "Vivimos no sólo en un estado sino en un *sistema de estados*, y la coexistencia de la República Soviética con los estados imperialistas es a la larga inconcebible. Uno de ellos debe triunfar finalmente. Antes de ese desenlace, será inevitable una serie de horrorosos choques entre la Unión Soviética y los Estados burgueses."

Si la Unión Soviética tuviera éxito en esta conspiración, los Estados soberanos desaparecerían bajo la dictadura del Politburo imperialista ruso.

3. *La transición de una época marítima a una época aérea ha llegado hasta el punto en que todas las naciones están a merced de ataques, y muchas en peligro de destrucción aérea.* Como ha dicho Hanson W. Baldwin en el *New York Times:* "Los horribles agentes de destrucción han conferido al atacante una enorme y creciente ventaje sobre el defensor, y han cambiado todos los conceptos estratégicos americanos, especialmente con respecto a los proyectiles intercontinentales y transmundiales que se nos vienen encima."

4. *La neutralidad es un lujo que las naciones débiles se permiten con la aprobación de las grandes potencias.* En tiempos recientes la trágica suerte de Bélgica, Holanda y Dinamarca nos da tan claros y concisos ejemplos de neutralidad frustrada que es innecesario continuar enumerando. Sólo la derrota de las fuerzas del Eje las restauró como Estados soberanos.

5. *Las Naciones Unidas y la Organización de los Estados Americanos son una ayuda, pero no un substituto de la política internacional.* Son organizaciones para deliberar inmediatamente en caso de emergencias internacionales a fin de tomar medidas sin demora contra las amenazas a la paz, y contra la agresión. Son foros donde se examina, discute, y ensancha la política internacional y donde la armonía internacional y el bienestar humano pueden ser promovidos con la mejor voluntad.

Pero hasta que las potencias hayan llegado a un grado de esclarecimiento que les permita atemperar su fuerza con la razón y la justicia, difícilmente se podrán albergar esperanzas de que las Naciones Unidas y la Organización de los Estados Americanos substituyan la política internacional. Por supuesto que antes que la justicia sea aceptable a los fuertes requerirán éstos la seguridad de que no será reemplazada por el propio interés de los débiles que tengan mayoría de votos.

Vishinsky, quien tantas veces ha hecho uso del foro de las Naciones Unidas para crear mala más bien que buena voluntad, ha demostrado claramente la poderosa posición de Rusia. Realísticamente ha llamado la atención al hecho de que, veto o no veto, las potencias gozan actualmente y seguirán gozando del poder de violar la paz.

Franklin D. Roosevelt advirtió en 1939 que nuestras fronteras estaban en el Rin. Europa puede ser aún nuestra primera línea de defensa, pero este Hemisferio es la última. Es nuestra fortaleza interior y debe de ser inexpugnable.

La época aérea ha hecho este fuerte vulnerable. En la Primera Guerra Mundial, y en la Segunda, pudimos evitar que fueran atacados los países de este Hemisferio. Esto se debió a que pasabamos por un período de transición entre la época aérea y la época marítima.

No es de esperar que podamos evitar ahora el ataque aéreo contra este Hemisferio. Debemos prepararnos para su defensa antes de que sea demasiado tarde. Esto no se puede hacer con planes de acción, completos o incompletos, para en caso que nos fuercen a la guerra. No debemos esperar a que llegue un desastre militar para activar la Junta Interamericana de Defensa.

La falta de cohesión actual entre los Estados Americanos se debe, en primer lugar, a la política de aislamiento por parte de los Estados Unidos en el pasado. Esta vieja política

fué modificada cuando entraron en la Primera Guerra Mundial. Acabada ésta, el pueblo norteamericano, desilusionado, volvió a reafirmarse en su política de aislamiento, la cual continuó hasta la Segunda Guerra Mundial, aunque mediante la Política del Buen Vecino hayamos reconocido los intereses comunes de este Hemisferio. Desde entonces, nuestra política internacional ha cambiado completamente de curso, ensanchando en todas direcciones las fronteras territoriales.

Pero, en nuestra prisa de aceptar responsabilidad mundial y asumir su dirección, hemos abandonado a nuestros vecinos en las Américas. El aislamiento nos ha mantenido alejados de ellos en el pasado, y nuestra nueva política internacional, la cual nos lanza a Europa y Asia, nos separa de ellos ahora.

II

Antes de dilucidar el proyecto de integrar este Hemisferio, es indispensable que examinemos brevemente lo que abarca la política internacional de los Estados Unidos.

En este examen, no debemos perder de vista nuestro objetivo, que viene a ser el objetivo de toda la política internacional. El primer propósito de tal política es mantener nuestra integridad como potencia independiente. El segundo propósito es dar impulso a nuestros intereses nacionales con entendimiento y consideración para con los demás. La supervivencia se entiende fácilmente, dado que es la primera ley natural; pero nuestros "intereses nacionales" y el bienestar y progreso de 150 millones de habitantes son a veces difícil evaluar.

¿Cuál es la nueva política internacional que se ha venido desarrollando desde el fin de la Segunda Guerra Mundial? Es vaga y confusa, y avanza en tres direcciones diferentes al mismo tiempo:

1. Tratamos de asumir, hasta cierto punto, el papel que desempeñaba la Gran Bretaña manteniendo el equilibrio de potencias europeas y protegiendo las rutas comerciales británicas en el Mediterráneo y en el Cercano Oriente. Grecia nos da el ejemplo más claro. "A princípios de 1947," según Foster Dulles, el Gobierno Británico "informó secretamente a nuestro gobierno que le era imposible seguir sólo en Grecia, y que, a no estar los Estados Unidos dispuestos a prestar ayuda, se retiraría, con el probable resultado de que Grecia se rendiría, Turquía sería rodeada, y todo el este del Mediterráneo caería bajo la dominación comunista." Nosotros llenamos la brecha y los ingleses se retiraron.

2. El segundo curso de nuestra política internacional fluye del primero. Cuando reemplazamos a la Gran Bretaña en Grecia, el Presidente Truman enunció su doctrina en la que dijo, en parte: "Creo que la política de estado de los Estados Unidos debe de apoyar a los pueblos libres que se resistan contra las minorías armadas y la presión extranjera que tratan de subyugarlos. . . ."

Ésta es la política de contener a Rusia que fué definida por George F. Kennan del American Foreign Service en su conferencia en el National War College en enero de 1947. Consideró la acción política de Rusia como "una corriente que fluye constantemente hasta donde se le permite. Si encuentra barreras infranqueables en su curso, las acepta filosóficamente y se acomoda a ellas. . . . La presión soviética contra las instituciones libres del Occidente es algo que se puede contener por la astucia y por la aplicación del contraataque."

3. Existe una tercera parte de nuestra política extranjera que Edgar Mowrer ha llamado "falacia moralística." "Ésta es la creencia," dice, "que en sus relaciones con Estados o grupos extranjeros los Estados Unidos deben guiarse por

el grado de concordancia que exista dentro de esos Estados o grupos con la norma americana." Esto quiere decir que estamos tratando de reformar al mundo. Al describir los resultados que dió en China, llegó a la conclusión de que nuestros diplomáticos se esforzaban más en suscitar "la rebelión de Asia" que en forjar una China inmune a la influencia rusa.

La primera parte de nuestra política internacional, encaminada a mantener el equilibrio de las potencias europeas, es lógica.

Hemos abandonado el aislamiento como política de estado al comenzar la Segunda Guerra Mundial porque temíamos que las fuerzas del Eje lograrán subyugar a todo el mundo. Prefirimos luchar en el extranjero a tener que hacerlo en nuestro propio suelo. Aceptamos el concepto de la época aérea de que nuestras fronteras defensivas habían pasado de las costas del Atlántico y el Pacífico al Rin, al África del Norte y a Okinawa. Así es que hoy, con nuestras fronteras aún en el Rin, el balance de las potencias en Europa es de vital importancia para nosotros.

El Pacto del Atlántico y el movimiento en favor de una Europa Unida cierran el paso a la agresión rusa. Los Estados Unidos son el líder del Pacto del Atlántico. Es lamentable, en mi opinión, que los líderes no sigan siendo Inglaterra y Francia como lo han sido tradicionalmente. Sólo podemos ayudar a Europa; no podemos salvarla ni de la ideología ni de la fuerza de Rusia. Si es que Europa no tiene ya la voluntad de hacer desesperados y supremos esfuerzos para mantener las libertades que el mundo democrático ha atesorado, sucumbirá a los tiranos de Rusia, no importa lo que tratemos de hacer.

En 1951, quizá sabremos si la Europa Occidental tiene esa voluntad y puede disponer de las fuerzas asequibles.

Hay inquietantes rumores de que muchos europeos están sucumbiendo a la falsa propaganda de que la presente crisis mundial es una batalla entre el imperialismo ruso y el imperialismo americano. ¡Qué agradable sería permanecer neutrales, piensan! Pero la neutralidad, en esta época aérea, es absolutamente imposible.

La segunda parte de nuestra política internacional es la doctrina de Truman—la cual es física y financieramente imposible de llevar a cabo, y moralmente falsa en las virtudes que presume. Palabras como "pueblos libres," "intento de subyugación," y "presión extranjera" pueden ser interpretadas como al Presidente le convenga, y esto infiere un grave peligro. Nosotros los americanos hemos probado de manera concluyente nuestro deseo de ayudar a las naciones débiles o necesitadas, pero la doctrina de Truman nos comete a una política de asistencia financiera y militar mundial en una escala que no nos sería posible mantener.

El tercer curso de nuestra política internacional, en la cual requerimos que las naciones que tengan relaciones con nosotros se ajusten a nuestra norma, está inevitablemente destinado al fracaso en el futuro, lo mismo que ha fracasado en el pasado en las relaciones con tan diversas ideologías como son las de España, Argentina, Guatemala y China. El *reductio ad absurdum* de esta doctrina sería no tener relaciones con ninguno de los Estados que rehusasen reformarse a nuestra propia imagen de una perfección blanca, masculina, anglosajona, democrática y protestante.

Dado que los intereses nacionales son una consideración básica en la política internacional, debemos determinar cuales son.

No tenemos una idea exacta de nuestra lejana meta económica. Nos dejamos llevar a la aventura hacia situaciones y crisis políticas internacionales que pueden ser todo lo contrario a nuestros intereses nacionales. Por ejemplo,

durante la crisis entre árabes y judíos en Israel, nuestra política cambió de parte a parte como veleta en tormenta. A la sazón el público tenía por primera vez una idea vaga de que el petróleo en el Oriente Central era una de las consideraciones de nuestra política internacional. ¿Qúe importancia tienen estos campos de petróleo para nosotros? ¿Es la clave de nuestra política internacional impedir que Rusia tenga acceso a los depósitos de petróleo del Oriente Central? Si tal política es necesaria a nuestra supervivencia y a nuestros intereses nacionales, y está dentro del marco de nuestros recursos, el público debe de ser informado y preparado para aprobar tal política. Si esto ha de ser parte de nuestra política internacional, que sea clara, no complicada, confusa, y obstruída por otras acciones, a menos que estas sean necesarias a nuestro fin. El éxito de la Gran Bretaña durante su período de crecimiento se debió, en gran parte, al claro conocimiento de lo que quería, y a menudo, a los métodos francos de llevar a cabo sus planes. Por supuesto que los intereses que la Gran Bretaña tenía en proteger sus rutas comerciales en el Mediterráneo y el Cercano Oriente no coinciden con los nuestros. La cultura, el poder, y la fabulosa riqueza de la Gran Bretaña siguieron la misma dirección que su política. Pero los Estados Unidos agotan sus energías y sus recursos en la protección de intereses que les son de muy poco o ningún valor.

Hemos desechado la idea de que nuestros intereses nacionales son mejor servidos por un nacionalismo arrogante y egoísta. En los principios del Punto Cuarto, el Presidente Truman ha propuesto un plan para que ayudemos a las naciones menos avanzadas a aumentar su producción y a mejorar su bienestar.

Bien mirado, nuestro propio interés nos debiera de estimular a implantar el Punto Cuarto, pero sólo después de hacer planes cautelosos y bajo garantías adecuadas. Los

recursos que se destinen a este fin, ¿han de ser prodigados a todos los pueblos del mundo que necesiten nuestra ayuda? Por supuesto que ni aún nuestra gran riqueza soportaría tal esfuerzo. Y sin embargo, el Punto Cuarto es un instrumento del Departamento de Estado para regatear necesidades diplomáticas de día en día.

Nuestra política internacional es embrollada porque nuestros intereses nacionales son confusos. Además, mientras cometemos nuestra ayuda económica y militar por todo el mundo, no sabemos si nuestros recursos son suficientes para cumplir con nuestro cometido.

Lo que se requiere es un órgano gubernamental compuesto de los dos partidos políticos y que comprenda el ramo ejecutivo en conjunción con el legislativo en coordinación con el Departamento de Estado, para que lleve a cabo de continuo una evaluación de nuestros intereses y de nuestros recursos nacionales. En lugar de esto, en este período de crisis, marchamos tambaleando con 59 importantes agencias y departamentos gubernamentales de los cuales 46 están relacionados con asuntos exteriores. Hay 32 comités interdepartamentales coordinando el trabajo. Es una disposición imposible que no puede dar resultados positivos.

Sin una agencia coordinadora que lo abarque todo, nuestra política internacional continuará ilógica y sin fundamento. En un momento histórico cuando los Estados Unidos deben intentar, por medio de su política internacional, la dirección del mundo contra la guerra y hacia la paz, ni siquiera hemos trazado una trayectoria que pueda ser seguida con entendimiento y aprobación aun por nuestro pueblo.

III

Los Estados Unidos tienen una última línea de defensa en este Hemisferio a la que se retirarán si nuestra primera línea de defensa en Europa tiene que ser abandonada. Esta

última línea de defensa la componen las naciones americanas vecinas.

Desatender esta línea de defensa y abandonar las Américas pudiera resultar en una calamidad nacional. El descuido, como se ha dicho ya, se debe a nuestra vieja tradición política de aislamiento, y desde la Segunda Guerra Mundial, a la falta de una política internacional comprensiva, verdaderamente americana, que reemplace el aislamiento que había existido.

Quizás el abandono de las defensas de este Hemisferio se deba en parte a las doctrinas de los geopolíticos entre los cuales el profesor Spykman, quien escribía durante la Segunda Guerra Mundial, estaba a la cabeza. El profesor Spykman hace las siguientes afirmaciones:

"No se puede llegar a los países de America al sur del ecuador más que por mar. No sólo es esto aplicable a los Estados Unidos sino también a las repúblicas de Colombia y Venezuela que carecen de vías de comunicación por tierra con sus vecinos al sur. Lo más importante del continente suramericano continuará siendo para la política internacional de los Estados Unidos no un vecino continental sino un territorio de ultramar."

Esta barrera ha sido ya casi conquistada por el aeroplano. No hay duda de que pronto será totalmente eliminada, con el natural resultado de que se corregirá nuestro concepto erróneo en cuanto a la dirección que debe seguir nuestra política internacional.

Examinemos ahora nuestra política con respecto a la América Latina con el fin de mejorarla para mayor seguridad y por el bien de los intereses de los Estados Unidos y de todos los países de este Hemisferio.

Nuestra política hacia la América Latina ha sido perpleja y vacilante. Pasamos por períodos de "Destino Evidente,"

"Imperialismo," "La Política de la Estaca," "La Diplomacia del Dólar," "El Paternalismo," y "La Política Intervencionista." Finalmente, bajo el Presidente Hoover, se puso en práctica una política de no intervención que Roosevelt ensanchó y dió el nombre de "Política del Buen Vecino." La actual administración la sigue al pie de la letra, pero ha ignorado el espíritu que encierra. Debido a la apatía que existe hacia la América Latina, no gozamos ya de la calurosa amistad fomentada durante la administración de Franklin D. Roosevelt.

¿Qué curso debe seguir nuestra política en la América Latina? Repito que debiera ser dirigida hacia la más completa integración política, económica, y militar que pudiera ser efectuada diplomáticamente entre los Estados de este Hemisferio. Ésta debiera de ser la piedra angular de nuestra política internacional, y en ella se encierran profundos intereses nacionales que han sido descuidados. Los distantes campos de Europa nos han parecido tan verdes que hemos pasado por alto los de acá, cercanos a la vista.

La América Latina comprende un area virgen y excelente para industrias indispensables. Es nuestra única fuente de muchos materiales esenciales y estratégicos. De las doce materias primas enumeradas como estratégicas en 1943, once—cobre, manganeso, cromo, tungsteno, estaño, antimonio, platino, mercurio, yodo, nitrato de sodio, y bauxita—se obtienen en la América Latina. Además produce también petróleo, hierro, fibras, productos alimenticios, drogas, maderas, caucho, carne, cueros y lana.

La importancia del comercio con la América Latina se puede ver en las cifras siguientes: Desde julio 1° de 1940, a julio 1° de 1945, de un total de $4,387,000,000 de mercancías compradas en todo el mundo por nuestras agencias gubernamentales, $2,360,000,000 se gastaron en la América Latina. Desde la última guerra más de una tercera parte de las

mercancías importadas vinieron también de la América Latina.

La población de los Estados Unidos llegará a su punto máximo en 1970, según los expertos en las tendencias de población. La América Latina con una población actual igual a la nuestra continuará en aumento en 1970. No tendría nada de extraño que aventajara a la de Rusia, especialmente si podemos, con la asistencia adecuada, elevar su nivel sanitario a la par que el nuestro.

La industria potencial, los alimentos, la población, y los materiales estratégicos se encuentran aquí en nuestro propio Hemisferio, para la supervivencia de todos nosotros, si es que tenemos la inteligencia de hacer uso de ellos. ¡Hasta ahora, por desgracia, no hemos dado indicio de tener tal ingenio!

Pongamos, por ejemplo, el caso de Chile, entre muchos. Desde abril de 1948 a julio de 1950, se gastaron diez mil millones de dólares bajo el plan Marshall para salvar a la Europa del comunismo. Mientras tanto, ¿qué pasaba en la América Latina? S. Cole Blasier dice lo siguiente en "Political Science Quarterly" de septiembre de 1950:

"Desde la formación del Frente Popular en Chile en 1936, los comunistas han hecho un papel decisivo en la vida política de Chile. Fué en Chile más que en ningún otro país del Hemisferio Occidental donde los comunistas estuvieron a punto de dominar el gobierno nacional."

Chile produce cobre y nitrato de sodio en gran cantidad, y ambos son productos de vital valor estratégico. El 30% de todo el cobre del mundo es chileno, y aproximadamente el 8% del nitrógeno que consume el mundo en forma de nitrato de sodio.

Considerando la importancia que tiene para nosotros, ¿cuál ha sido nuestra política con respecto a Chile? Por desgracia,

la de una apatía amistosa—lo mismo que con los demás países de la América Latina. Y sin embargo, Chile sufre actualmente, como es el caso con la mayor parte del mundo, del germen destructor de la inflación. Como en tantos otros países en la América Latina, su suelo social es fértil para la infiltración comunista. ¿Es que nuestra política internacional se forma sólo según la emergencia del momento para salvarnos del peligro inminente? ¿No sería posible seguir una línea de conducta en nuestra política internacional que evitara el desastre?

Los dirigentes responsables del gobierno chileno se dan cuenta de la amenaza del comunismo. Del pueblo, que está bien informado, se puede esperar que lo resista. Pero los comunistas son duchos. Hacen uso de la escasez económica y de la indiferencia norteamericana para llevar a cabo su propósito. Si permitimos que Chile se rinda al desorden, a causa de nuestro abandono, entonces es posible que los comunistas se apoderen del gobierno. Si entonces Chile conviniera en mandar su cobre y su nitrato a Rusia por medio de un tratado comercial, ¿cuál sería la política de nuestro Departamento de Estado? No se debe permitir que lleguemos a tal dilema. Debemos de fomentar con Chile y los demás países latinoamericanos una unión tan estrecha que el comunismo cese como amenaza.

Necesitamos azúcar de Cuba, petróleo y minerales de Venezuela, café del Brasil y otros países, estaño y tungsteno de Bolivia, cobre, plomo y cinc de Méjico, tungsteno y cueros de la Argentina, vanadio del Perú y platino de Colombia. En emergencias es posible que tengamos que depender de la América Latina para el caucho, el henequén, la cocoa, el aceite de tung, y la quinina.

¿Como podremos establecer la integración de este Hemisferio? Para empezar, debemos de cambiar nuestra manera de pensar. Debemos desear la integración porque

nos es necesaria. El mundo en que vivimos se ha vuelto desordenado y ceñudo. En esta alianza regional que se propone entre los pueblos de este Hemisferio habrá esperanza, y quizá, felicidad y ejemplo para el mundo.

Los Estados Unidos pueden, en mi opinión, efectuar la integración de tres modos; por medio de la diplomacia, la unión económica, y las alianzas militares.

Primero, por la diplomacia: Debemos reconocer la importancia de las buenas relaciones entre los Estados Unidos y los demás países del Hemisferio. La División de Asuntos Latinoamericanos en nuestro Departamento de Estado debe de ser elevada en dignidad, y su organización debe de ser ensanchada para poder hacer frente a los diversos problemas, tan vitales para las Américas.

Nuestra diplomacia en la América Latina requiere un alto grado de representación personal en nuestras diversas misiones oficiales. En el pasado, con frecuencia han sido todo lo contrario. Hemos sido representados por hombres ineptos para desempeñar su cargo, e incapaces de hablar la lengua del país donde habían sido acreditados. A veces se les sacó de la vida privada por razón de su contribución financiera; a otros se les escogió por lo que habían contribuído políticamente al partido que gobernaba. Antes de la terminación de la Segunda Guerra, eran a menudo empleados ineficaces del cuerpo diplomático que relegaban a algun país latinoamericano para deshacerse de ellos. Algunos eran hombres ignorantes e inútiles. A menudo carecían de la cultura, la simpatía personal, y el entendimiento, tan necesarios en nuestras relaciones con los sensibles pueblos que brotaron de la civilización latina. En cambio se ha progresado en años recientes, y hemos sido representados y lo seguimos siendo hoy por hombres de gran distinción y competencia en el cuerpo diplomático. Sin embargo, para lograr nuestro propósito ahora en este Hemisferio, debemos

limpiar nuestras embajadas y legaciones en la América Latina de incompetentes e inadaptos.

Nuestra diplomacia en la América Latina debe ir encaminada a respetar la soberanía de todos los Estados de este Hemisferio. La soberanía solo puede ser respetada adhiriéndose estrictamente a la política de no intervención, no solo en lo que atañe a la acción directa sino también a la intriga.

En septiembre de 1950, se reportaron dos ejemplos de intervención norteamericana, por entremetimiento, en dos países distantes uno de otro. Un ministro plenipotenciario en Teherán abogó abiertamente por la reforma agraria. Otro habló públicamente en Montevideo sobre el sistema de vida en los Estados Unidos y denunció la Tercera Posición de Perón. Ambos entremetimientos tuvieron lugar durante las campañas electorales.

Los asuntos internos de los Estados reconocidos de este Hemisferio pueden ser lamentados por parte de los Estados Unidos, pero bajo ningún concepto deben ser causa de intervención. Nuestra política de no intervención en la América Latina no debe ser socavada por nuestro tradicional deseo de reformar.

Finalmente, en nuestra diplomacia, debemos volver a nuestra antigua política de reconocer a todos los países independientes con absoluta imparcialidad, no como un arma que fuerce la reforma. Esa política incluye:

"(1) el nuevo régimen debe dar la impresión de que domina todo la maquinaria gubernamental del Estado; (2) debe de tener el asentimiento del pueblo sin que exista una resistencia sustancial a su autoridad; y (3) debe de estar en posición de cumplir con sus compromisos y responsabilidades internacionales."

Actualmente estamos en la inconsistente posición de tener completas relaciones diplomáticas con Rusia, la Inglaterra socialista, y various dictadores de la América Latina, pero las limitamos cuando se trata de la dictadura en España. Hace poco tiempo retiramos por algún tiempo el reconocimiento de Perón porque su Tercera Posición no merecía nuestra aprobación. Hemos tenido embajadores en la Argentina que condenaban el sistema abiertamente, mientras que otros, en cambio, aprobaban disimuladamente la filosofía política del Presidente de aquel Gobierno. Esta conducta no entra en las funciones de ningún embajador. Es una forma de intervención que debe desaparecer de nuestra diplomacia en este Hemisferio.

La interpretación de la política de reconocimiento antes mencionada dará lugar a discusiones y desacuerdos. Esto es inevitable en las relaciones diplomáticas. Sin embargo, si nos adherimos consistentemente y con buena fe a esta política, se logrará al fin un modelo que considerarán imparcial todos los amantes de la verdad, aunque los resultados no sean del agrado de todo el mundo.

Si no hemos de intervenir o entremeternos en los asuntos internos de los países latinoamericanos, tampoco podremos tolerar que otros gobiernos intervengan en este Hemisferio; ésta es la política básica de la doctrina de Monroe.

La intervención intrigante de Rusia con el objeto de propagar el comunismo debe de ser impedida por rígidas medidas de seguridad y por el canje de información entre las agencias oficiales que tengan a su cargo el mantenimiento de la tranquilidad doméstica. Es posible que no nos gusten el socialismo, los dictadores, o La Tercera Posición pero, mientras estas filosofías políticas se limiten a la política interna de esos países, debemos de vivir en paz con ellos.

Segundo: Debemos de ligar los recursos económicos de este Hemisferio para protegernos contra la agresión militar y económica. La esperanza de economías libres mundiales no se está realizando. Al contrario aumenta la preferencia regional e internacional de convenios, carteles, controles de cambio, cuotas de exportación y aranceles. En este Hemisferio debiéramos estar tan dispuestos y deseosos como el resto del mundo a destruir las barreras que impiden la economía libre. Hasta debiéramos llevar la delantera cuando fuera posible, pero también debemos de protegernos mientras las restricciones sean parte del orden económico mundial.

Específicamente, propongo que los Estados Unidos, por medio de convenios bilaterales con otros gobiernos de este Hemisferio y regulación de aranceles de aduana, faciliten la venta de parte, al menos, del exceso de materias primas exportables, y finalmente todo el sobrante que podamos consumir.

Los Estados Unidos deben reexaminar sus aranceles sobre la importación de materias primas de este Hemisferio, y deben hacer concesiones para fomentar su integración.

Hemos hecho y seguimos haciendo donaciones de magnitud colosal al Hemisferio del Este para fortalecer nuestras fronteras en Europa. Reduciendo los aranceles sobre materias primas de los países de este Hemisferio podremos fortalecer nuestra última linea de defensa. Por supuesto que algunos de estos productos competirán con los nuestros. Es un precio que bien podemos pagar, ya que rebajará el costo de vida y, con el tiempo, aumentará considerablemente la exportación a otros países de este Hemisferio.

Desde 1927, hemos excluído la carne argentina de los Estados Unidos. Este es un ejemplo entre muchos de nuestra absurda política con referencia a la Argentina; es también un obvio desatino en nuestra política en el Hemisferio. Al mismo tiempo que rehusamos comprar carne argentina para

proteger a nuestros ganaderos, damos anualmente miles de millones de dólares a la Gran Bretaña, en parte, para comprar carne en la Argentina. La buena voluntad que no creemos poder comprar en la Argentina, para proteger a nuestros ganaderos, Inglaterra la compra con nuestro dinero. Es innegable que necesitamos un nuevo acercamiento económico a los problemas de este Hemisferio.

No debemos negociar desde lejos como extraños sino como amigos, y por la supervivencia y el bienestar de todos. Nuestro fin debiera ser la destrucción de las barreras en este Hemisferio para que, eventualmente, haya el mismo movimiento libre de mercancías en él que existe ahora entre los estados de los Estados Unidos. Esto resultará en el sacrificio de ciertos intereses creados, y requerirá que otros países en este Hemisferio sacrifiquen las ventajes momentáneas de un nacionalismo estrecho. Por el mayor interés de la integración del Hemisferio, debemos prestar ayuda en la industrialización de la América Latina siempre que parezca económicamente firme.

Propongo además que el capital del Export-Import Bank sea aumentado para estimular el crecimiento de las empresas solventes de este Hemisferio. Resalta además la necesidad de crear un departamento gubernamental para evaluar en conjunto nuestros intereses nacionales en términos de larga duración e indicar hasta que punto se deben estimular las empresas en este Hemisferio o en cualquier otra parte.

Esta propuesta conducente a la integración económica por parte de los Estados Unidos, ayudará a estabilizar la economía de la América Latina lo mismo que a la destrucción del germen de inflación, conteniendo así la propagación del comunismo. Suplirá los cimientos de una asociación de las Américas a base de afinidad de intereses.

Dondequiera que hemos fracasado a base de conferencias oficiales, tratados políticos ineficaces, intercambios culturales, e incierta e intermitente ayuda financiera y técnica, lograre-

mos nuestro propósito resolviendo los problemas básicos de la América Latina con inmediato y pequeño sacrificio y, eventualmente, con gran beneficio para los Estados Unidos. Pudiera ser el paso inicial que nos lleve en un futuro lejano a los Estados Unidos de las Américas y, más allá, a la remota esperanza de un gobierno mundial.

Tercero: Debemos forjar la más comprensiva alianza militar para la protección de los países de este Hemisferio. Los resultados de nuestra política internacional en el Hemisferio Este, mantenida a un sacrificio colosal, son aún inciertos. Pero la dirección de una nueva política internacional dirigida al Hemisferio Occidental puede obtener éxito con un sacrificio comparativamente pequeño.

La experiencia de la Segunda Guerra da clara indicación de que debemos actuar antes de que sea tarde. Después del ataque a Pearl Harbor se convocó precipitadamente la Conferencia de Río de Janeiro para procurar la solidaridad latinoamericana en la guerra contra el Eje. La actividad alemana en la América Latina hizo esto difícil; en realidad, como se vió mas tarde, fué imposible. En la conferencia Sumner Welles declaró:

". . . la seguridad de los trescientos millones que habitan en el Hemisferio Occidental y la independencia de cada uno de los países aquí representados dependerá de si las naciones americanas se mantienen unidas en esta hora de peligro o si se separan unas de otras."

Sin embargo la Marina Americana y el Departamento de Guerra habían informado a Welles a principios de enero de 1942, antes de la Conferencia, que si todas las naciones americanas declaraban la guerra, debido a su falta total de preparación, caería sobre los Estados Unidos la responsibilidad de defender toda la zona desde la frontera canadiense hasta el cabo de Hornos, precisamente cuando esta nación pudiera tener dificultades en defender sus propias costas.

A pesar de esta grave experiencia, se ha proseguido tan débilmente la política hacia la integración militar que actualmente, ocho años después de la Conferencia de Río de Janeiro, la cual fué convocada con gran ansiedad, estamos en un estado lamentable para defender este Hemisferio.

Durante el mes pasado los acontecimientos en Corea han llegado a un estado crítico. Hace una semana el Presidente Truman declaró: luchamos en Corea por nuestra seguridad y supervivencia nacional.

¿Quiere esto decir que no tenemos otra alternativa que lanzar todos nuestros recursos al conflicto en Asia? Es tarde, pero no demasiado tarde aún para reevaluar nuestra política internacional y cambiar de curso. La Gran Bretaña y Francia han indicado claramente su creencia de que debemos hacerlo, al menos con referencia a Asia.

Los Estados Unidos en su posición actual como potencia mundial son dignos de una política internacional claramente concebida y definida para proteger y promover nuestros verdaderos intereses nacionales. Es necesario evolucionar de nuestro método actual de dar forma a nuestra política según la crisis del momento. La política internacional no es como una cosecha de grano que se siembra en la primavera y se recoge en el verano; es como un huerto que debe ser cuidadosamente vigilado por años antes de que dé buena fruta. Estoy seguro que una esmerada reevaluación de nuestra política internacional revelará que nuestros intereses nacionales están en este Hemisferio.

IV

El Panamericanismo, o al menos lo que ha sido llamado "sentimiento panamericano" data de 1741 cuando los españoles rebeldes pidieron auxilio a Inglaterra.

En el siglo diez y nueve, Bolívar puso todo el peso de su obra y su nombre del lado del Panamericanismo. ". . . la unidad ideal de América atrajo a los hombres de visión en ambas Américas durante la primera o segunda década del siglo diez y nueve," dice el historiador Lockey. Mariano Moreno, el líder de la junta revolucionaria de Buenos Aires estaba en contra, y su oposición contribuyó mucho al amoldamiento diplomático argentino hasta el presente. Moreno creyó que las distancias eran demasiado grandes y los problemas e intereses demasiado diversos para que la cooperación tuviera éxito.

Los Estados Unidos ni desearon ni trataron seriamente de integrar este Hemisferio. A la Argentina nunca le interesó seguir a los Estados Unidos por el tortuoso laberinto de su política con respecto a la América Latina. Su propósito fué más bien poner trabas a los objetivos norteamericanos.

De las objeciones originales de Moreno, la más importante, basada en la distancia, ya no es válida. Buenos Aires estaba entonces a 24 días de viaje de Washington; hoy está a unas 24 horas. En el próximo futuro este tiempo se reducirá a la mitad. En un futuro no lejano cuando la transportación cohete sea practicable, Washington quedará a dos horas de distancia de Buenos Aires. Otra objeción de Moreno: que los intereses eran demasiado diversos, aun mantiene a la Argentina y a los Estados Unidos alejados; en menor grado, se podría decir lo mismo de los demás países de este Hemisferio.

Actualmente los intereses nacionales de los países de este Hemisferio están naturalmente entrelazados. Nos encontramos seriamente amenazados a menos que nos unamos para protegernos mutuamente. Los errores del pasado, los antagonismos que emanan de ellos, y nuestra manera de pensar basada en los siglos diez y ocho, diez y nueve y la primera mitad del siglo veinte dificultan para ambas Américas la

aceptación de los sacrificios iniciales que la integración del Hemisferio puede imponer. Sin embargo "cuando se enferma el diablo en santo se convierte." En este momento de enfermedad nacional hemisférica y mundial, quizá podamos elevarnos suficientemente a las circunstancias de estos tiempos funestos para vencer nuestros perjuicios del pasado y nuestras anticuadas maneras de pensar.

Quisiera volver a una de mis premisas originales: que el comunismo es una conspiración internacional para echar abajo los gobiernos no comunistas por todo el mundo. Aquí en este Hemisferio sólo podemos escapar la amenaza rusa por medio de la más completa integración de nuestras soberanías que se pueda poner en práctica.

El viejo mundo de la época marítima gozaba aparentes lujos que ahora se nos niegan. Ya no podemos contar con el lujo de las Américas aisladas por los océanos, protegidas por la marina inglesa e iluminadas por el espíritu de la doctrina de Monroe. El lujo de hacer frases altisonantes y de lanzarlas para despertar en el pueblo cólera y rencor, ahora no sólo fracasa en lograr ventaja personal o política sino que puede resultar en peligro para la soberanía del Estado. El grito a coro de "imperialismo yanqui" de los demagogos suramericanos y de los intelectuales del norte que se las dan de "expertos" profesionales en asuntos latinoamericanos, pudiera traer en el futuro consecuencias mucho más trágicas que la discordia entra las naciones. Ya no podemos permitirnos orgías a base de patriotismo falso, discriminaciones, barreras comerciales y políticas antieconómicas bajo el nombre de nacionalismo cuando el continentalismo es una necesidad urgente. Es hora ya de hacer reformas agrarias justas y económicas en la América Latina; lo mismo podría decirse del sistema de impuestos que favorece a los privilegiados y asfixia el progreso.

Es tarde ya para matar, por medio de la expropiación, las gallinas capitalistas que ponen huevos de oro antes de que se produzca otra clase de gallinas que puedan hacer lo mismo. Y es hora de establecer los derechos del trabajador antes de que reciban el beso mortal del comunismo.

La integración de este Hemisferio es factible. Es práctica. Puede ser efectuada casi totalmente por medio de tratados bilaterales para ser con el tiempo suplementado por tratados multilaterales si fuera deseable. Se ha hecho uso de las conferencias hemisféricas con escaso éxito. La experiencia ha probado que los tratados negociados directamente, representan el único método efectivo.

La esperanza humana en este mundo belicoso descansa sobre el entendimiento internacional, la buena fe, y la cooperación. Debemos extender la solidaridad de la familia, la comunidad, y la nación más allá de nuestras fronteras. Debemos lograr un nuevo acercamiento a las relaciones humanas entre las naciones. Creo que la mejor manera de lograrlo es por medio de la creación de una afinidad de intereses. ¿Dónde puede existir mejor suelo para construir esta comunidad que en este Hemisferio, como antorcha para la unidad del mundo?

Desde el extremo norte del Canadá hasta la Tierra del Fuego todos se establecieron en este continente para huir de la injusticia y buscar la oportunidad. Están unidos en el espíritu y separados por fronteras artificiales de una época pasada. ¡Destruyamos estas barreras para que el pueblo de las Américas pueda elevarse al nuevo nivel humano de entendimiento y progreso!



UNIVERSITY OF FLORIDA
GAINESVILLE

UNIVERSITY OF FLORIDA PRESS

March 22, 1951

President J. Hillis Miller
Administration Building
Campus

Dear President Miller:

I am enclosing a copy of the second printing of Mr. Harry F. Guggenheim's address on Hemisphere Integration Now. You will recall that Mr. Guggenheim paid the cost of printing the address and that he is distributing it privately.

Yours sincerely,

Lewis F. Haines

Lewis F. Haines, Director

LFH:gc


UNIVERSITY OF FLORIDA
3 1262 05954 6407